

the *Journal of the American Medical Association* (JAMA) and the *New England Journal of Medicine* (NEJM).

For example, in the case of the JAMA, the *Journal of the American Medical Association* is a peer-reviewed medical journal that publishes research, clinical practice, and medical education articles. It is one of the most influential medical journals in the world.

The NEJM is another highly influential medical journal that publishes research, clinical practice, and medical education articles. It is one of the most influential medical journals in the world.

These journals are part of a larger network of medical journals that publish research, clinical practice, and medical education articles. They are all highly influential in the medical community.

The *Journal of the American Medical Association* (JAMA) and the *New England Journal of Medicine* (NEJM) are two of the most influential medical journals in the world. They publish research, clinical practice, and medical education articles.

These journals are part of a larger network of medical journals that publish research, clinical practice, and medical education articles. They are all highly influential in the medical community.

The *Journal of the American Medical Association* (JAMA) and the *New England Journal of Medicine* (NEJM) are two of the most influential medical journals in the world. They publish research, clinical practice, and medical education articles.

These journals are part of a larger network of medical journals that publish research, clinical practice, and medical education articles. They are all highly influential in the medical community.

The *Journal of the American Medical Association* (JAMA) and the *New England Journal of Medicine* (NEJM) are two of the most influential medical journals in the world. They publish research, clinical practice, and medical education articles.

These journals are part of a larger network of medical journals that publish research, clinical practice, and medical education articles. They are all highly influential in the medical community.

The *Journal of the American Medical Association* (JAMA) and the *New England Journal of Medicine* (NEJM) are two of the most influential medical journals in the world. They publish research, clinical practice, and medical education articles.

These journals are part of a larger network of medical journals that publish research, clinical practice, and medical education articles. They are all highly influential in the medical community.

The *Journal of the American Medical Association* (JAMA) and the *New England Journal of Medicine* (NEJM) are two of the most influential medical journals in the world. They publish research, clinical practice, and medical education articles.

These journals are part of a larger network of medical journals that publish research, clinical practice, and medical education articles. They are all highly influential in the medical community.

The *Journal of the American Medical Association* (JAMA) and the *New England Journal of Medicine* (NEJM) are two of the most influential medical journals in the world. They publish research, clinical practice, and medical education articles.

These journals are part of a larger network of medical journals that publish research, clinical practice, and medical education articles. They are all highly influential in the medical community.

The *Journal of the American Medical Association* (JAMA) and the *New England Journal of Medicine* (NEJM) are two of the most influential medical journals in the world. They publish research, clinical practice, and medical education articles.

These journals are part of a larger network of medical journals that publish research, clinical practice, and medical education articles. They are all highly influential in the medical community.



© 2025, Augusto *Chacho* Andrés

© 2025, Alter ediciones

www.alteredediciones.com

alteredediciones@gmail.com

Diseño y armado:

manosanta desarrollo editorial

www.manosanta.com.uy

Corrección de estilo:

Ana Claudia de León

Editado e impreso en Uruguay

ISBN: 978-9915-9758-8-7 (edición impresa)

Depósito legal: 386.974

Esta edición se terminó de imprimir al cuidado de Manuel Carballa,
en la ciudad de Montevideo, en el mes de agosto de 2025.

› Augusto *Chacho* Andrés ‹

**CRÓNICAS
DEL LIBRE ALBEDRÍO**

Memorias de lucha, amor y resistencia



alter  ediciones
Montevideo, agosto de 2025

El libre albedrío es un aire fresco. Me ayudó a escribir sin sentirme atado a grandes metas como «cambiar el mundo» o «terminar con las clases sociales», pero sin soltar nunca el espíritu libertario.

Este es mi tercer libro... Parece que eso me convierte en escritor. ¡Y justo ahora que estoy por cumplir 89! Así que esta dedicatoria es para mí. Porque me la merezco.

Un saludo y agradecimiento para la familia cercana: Julia, Dany y mis nietos, Tamara, Damián y Federica.

Un poco más lejos: Mabel, Daniel y Fátima.

Y, en el Prado, desde hace muchísimo tiempo, Rudy y Sonia.

Y a Edel, ¡DESDE SIEMPRE y PARA SIEMPRE!

A la editorial Alter, en especial, a Manuel y a Ana.

Desde Shangrilá y su Centro Cultural, en el corazón de una Biblioteca Popular repleta de libros y rodeada de amigos y vecinos, va mi palabra para quienes disfruten de este libro.

Augusto Andrés, *el Chacho*

Mayo del 2025

› Augusto *Chacho* Andrés ‹

**CRÓNICAS
DEL LIBRE ALBEDRÍO**

Memorias de lucha, amor y resistencia



Crónicas de la vida 1

Túnicas y moñas

Fui a la escuela Brasil, en Av. Brasil y 26 de Marzo, a quince cuadras de casa. Vivía en Marco Bruto y Antonio Costa, y me hubiera correspondido ir a la escuela Paraguay, en Rivera y Julio César, a seis cuadras de distancia. La elección fue de mi madre, antigua alumna de la Brasil, que habitaba desde muy niña el barrio Pocitos.

A los cinco años llegó desde su Galicia natal, junto con toda su familia, a su nueva casa en la calle Pedro F. Berro. Como sus padres no la mandaron al liceo, como era su deseo, su vida en la educación formal terminó en sexto de escuela. Su padre sostenía que a los doce años las niñas debían aprender a cocinar y seguir un curso de corte y confección para ser unas buenas amas de casa. El liceo era para los varones. Por mucho tiempo rememoró su mítico sexto año, y pensaba que las maestras ponían un empeño especial en las niñas de sexto para compensar su futuro educativo incierto.

Era una madre quejosa; con Fernando, mi hermano menor, la escuchábamos sin abrir opinión. Recuerdo haber pasado horas oyendo su voz plañidera, reprochándole a mi padre una lista de conductas infieles, acompañando el discurso con pruebas como la presencia de olores en la ropa, perfumes extraños (baratos, decía) en su cuerpo y ausencias prolongadas con explicaciones infantiles. Hasta que sonaba un golpe. Un cachetazo parecía. Nunca supe con certeza qué pasaba, pero el silencio que seguía era espeso, como

si todos en la casa nos volviéramos parte de esa pausa tensa que solo se rompía con un sollozo quedo.

Al otro día, junto con Fernando, era nuestro turno de escucha. Repetía las acusaciones, nos contaba lo triste que era su vida y que todo lo soportaba por nosotros. Amenazaba, oscuramente, con un suicidio o algo parecido. La escuchábamos en silencio, pues no esperaba ni buscaba nuestras opiniones. Una y mil veces se repetía la letanía, que nos culpabilizaba y nos angustiaba.

Con el tiempo, dejamos de darle tanta importancia. Quizás porque empezamos a sospechar que, a pesar de sentirse desgraciada —como decía—, en el fondo disfrutaba su función de ama de casa: con un jardín y un fondo a su disposición, y una buena novela a mano.

Recuerdo su cariño sobreprotector en el rubro alimentación: las docenas de bizcochos en la mesa y lo preferido por todos, enormes ravioles caseros de espinaca que hacía con una maquinita, cortando la masa. ¡Y qué tucos! Espesos y oscuros, eran deliciosos. A los doce años yo pesaba ciento cinco kilos.

Mi padre había hecho boxeo, era violento, lo consideraban peligroso y tenía pocos amigos. No hablaba mucho con nosotros; a veces nos pegaba —no muy fuerte—; creo que no sabía cómo tratarnos. Recuerdo algunas idas al estadio o al Parque Central en su compañía, a ver a Nacional, del que era socio. La primera vez, yo tendría cuatro o cinco años, e imagino que me llevaba de la mano para tomar el 191; las últimas fueron cuando yo tenía unos once.

En esos años se complicó nuestra situación familiar por el deseo de mi padre de ser alguien. Se metió en maniobras comerciales complicadas, con falsificaciones incluidas. Estuvo preso varios meses y perdimos la casa. Comprobamos que tenía mucha ambición y pocas luces.

Recibí una enseñanza deformada. La palabra *amor* y sus sentimientos —la ternura, las caricias, los rasgos de delicadeza que lo

componen— nunca estuvieron presentes en casa. Por años quedé marcado por el tipo de relación entre mis padres, y por un tiempo tuve dificultades en mis vínculos con las mujeres.

Un recuerdo de mi niñez que me llega es mi rechazo a la violencia gratuita contra los animales. Yo tenía una honda, como todos los niños, pero nunca le tiré a un pájaro. Tampoco participé en las caminatas grupales con mis vecinitos, acompañados por un perro apodado Yanco, que era muy ágil asesinando gatos. Las casas no tenían rejas altas como hoy y el can las saltaba limpiamente y clavaba los dientes en un gato distraído, ante los gritos y sollozos de sus dueños.

Pero a pesar de mis sentimientos contrarios, no fui capaz de manifestarlos. No era un pacifista a ultranza: podía pelearme, sin mucho problema, mano a mano, con otros chiquilines.

De la escuela tengo pocos recuerdos. El principal era el 7 de setiembre, día de mi cumpleaños, que también coincidía con el aniversario de la independencia brasileña: el Grito do Ipiranga. Cantábamos su himno ante la presencia sonriente del embajador, y en los seis años que concurrí no logré aprender la letra completa, a pesar de que no era larga.

Me vienen imágenes de quinto y sexto año, saliendo de la escuela a las cinco de la tarde con una bandada infantil que agarraba 26 de Marzo rumbo a Pereyra. Fuerzo la memoria y me llega la rubia Rosalía... Sí, era Bianchi su apellido. Y la morocha era Barrón, mi pareja en el pericón con relaciones de la fiesta de fin de año. Llena de gracia, respondía a una frase galante que, sin convicción, yo le dirigía. Eduardo Cervieri y Rubén Barcia también venían, y Alberti —el primero de la lista—. Era el quinto A, con apellidos de la A a la F.

A la altura de Miguel Barreiro quedaba solo y comenzaba a sufrir las consecuencias de la elección escolar de mi madre, pues mis compañeros de curso vivían lejos de casa y los amigos de verdad

eran mis vecinos: con ellos jugaba y compartía aventuras, sueños y diabluras.

Pocitos Nuevo

A partir de la década del cuarenta se afirma el nombre del barrio, una continuación de Pocitos rumbo al puerto del Buceo, conocido como el puertito. Cerca de doscientas personas estaban establecidas en sus alrededores. Muchos trabajaban en las instalaciones del puerto y en sus barcos de mediano calado o eran pescadores de alta mar.

Al costado del muelle, aparecía el blanco edificio del Yacht Club, de unos cien metros de largo, de varios pisos relucientes y una impronta marina. Era famoso su restorán cinco estrellas, apreciado por los propietarios de los yates más lujosos.

En el nomenclátor, nuestro barrio figuraba como Costa del Mar, pero ese nombre no prendió entre los vecinos. Por los años cuarenta, alentados por el sueño batllista de la casa propia, sectores de clase media comenzaron a construir y la zona se fue poblando. Por suerte, quedaron terrenos baldíos con mucha vegetación y altísimos eucaliptos, llenos de pájaros cantores y de niños trepadores.

Uno de los baldíos, situado en Julio César e Iturriaga, pasó a ser habitado en 1938 y 1939 por varias familias que fueron levantando sus casas. Una de ellas fue la de Hughes-Galeano, y Eduardo nació allí en 1940. Tuvimos conciencia de su persona en 1954, cuando nos mostró un ejemplar del semanario *El Sol*, del Partido Socialista, que en la tapa traía una buena caricatura sobre el golpe pro yanqui en Guatemala. Era de él, y la firmaba Gius, su apellido paterno castellanizado. Tenía catorce años y lo vimos como un niño prodigio.

Nuestra barra, unos diez jóvenes de menos de veinte, se juntaba en un murito que había en la esquina de Julio César y Antonio Costa. Años más tarde le preguntaron a Eduardo dónde había nacido y

respondió que en el Buceo, reflejando la crisis de identidad barrial que todos teníamos. Sin una historia detrás, sin un cuadro de fútbol local ni algún héroe deportivo, musical, cultural o radiofónico que asumiera la pertenencia, no existíamos. Lo de Galeano fue una elección compartible, pues vivía a cinco cuadras del Buceo y a ocho del Pocitos de verdad.

Digamos que era 1943, y yo, con mis siete años, iba al almacén a hacer los mandados. De pronto, un extraño sonido que se amplificaba empezaba a acercarse desde 26 de Marzo. Parecía una banda de música. Hacía diez días había ido al circo y escuchado unos músicos animando a los payasos. Pero estos eran muchos y hacían más ruido. Con dos o tres compinches caminamos dos cuadras por Marco Bruto hacia el barullo; los vimos llegar por 26 de Marzo y doblar por nuestra calle. Eran soldados en traje de fajina, marchando por el medio de la calle y precedidos por la banda del cuartel, que los animaba, aunque desafinando con sus marchas militares. El espectáculo era insólito, pues eran tiempos silenciosos: no existía la tv y no había equipos musicales con parlantes en las casas. Habían elegido nuestra callecita porque tenía poco tránsito, a diferencia de Larrañaga (hoy, Luis Alberto de Herrera), con sus varias líneas de ómnibus.

Estaba terminando la Segunda Guerra y los ejércitos estaban de moda. En las matinés de los domingos veíamos desfiles, sobre todo a los alemanes —los malos—, con su paso de ganso en que levantaban las piernas altas, altísimas. Nada que ver con nuestros soldados: desprolijos, en filas que se torcían y con los máuseres de cerrojo que no asustaban a nadie. Eran soldados del batllismo, ajenos a cualquier guerra y nada marciales, que ensayaban para un próximo desfile por 18 de Julio, a toda pompa, celebrando alguna fecha patria.

Nos agrandamos y empezamos a hacerles burla, a reírnos, y ellos se lo bancaban tranquilos. Después de dar unas vueltas, volvieron

a 26 de Marzo, y nosotros detrás, para ver de dónde venían. La cuadra larga hasta la rambla fue un tremendo alboroto, pues en esa época no existía el Shopping y en su lugar estaba el Hospital Fermín Ferreira —el efe-efe, se le llamaba—, un moridero con seiscientos tuberculosos pobres, en tiempos en que no había vacuna BCG, y también cien leprosos, a los que el avance de la enfermedad les marcaba cruelmente la cara.

Los médicos recomendaban una dieta sana, evitar el frío y respirar aire puro sin humedad. Nada de eso existía en el hospital. Tampoco había distanciamiento físico y los tapabocas de hoy en día se llamaban *antifaces* o *caretas*, y solo se usaban en carnaval. Todos estaban confinados en una cuarentena que les duraba hasta la muerte. Los tísicos, conocidos como *empalmados*, tenían mala prensa y eran acusados de *resentidos sociales*. La sociedad les tenía miedo.

El hospital tenía cuatro cuadras de largo y la entrada daba a la Av. Rivera. Sobre 26 de Marzo había eucaliptos gigantes y altos alambrados, todo custodiado por dos guardias de la Republicana a caballo, que patrullaban entre Larrañaga y la rambla. En la tarde-noche, por un agujero en el tejido y previo pago de peaje, algunos internos —incluidas varias mujeres que hacían el cambio— salían a la vida.

Los enfermos-presos se desahogaron de su vida triste y les gritaron todos los insultos a mano a los soldados, que siguieron su camino, siempre mansos y musicales. El desfile terminó en el Batallón Florida, situado a dos o tres cuadras de la rambla, en pleno Buceo, entre ranchos de lata —muchos con farol a querosén— y casitas modestas de una planta.

Tengo una imagen del cuartel: ocupaba una manzana, con una placita delante y unos pocos árboles de ramas finas. Todo blanco. Cuartel, plaza y arbustos pintados a la cal. Era el Batallón